

TRACY BANGHART

IRON FLOWERS

Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo



CROSS
BOOKS

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
UNO. SERINA
DOS. NOMI
TRES. SERINA
CUATRO. NOMI
CINCO. SERINA
SEIS. NOMI
SIETE. SERINA
OCHO. NOMI
NUEVE. SERINA
DIEZ. NOMI
ONCE. SERINA
DOCE. NOMI
TRECE. SERINA
CATORCE. NOMI
QUINCE. SERINA
DIECISÉIS. NOMI
DIECISIETE. SERINA
DIECIOCHO. NOMI

DIECINUEVE. SERINA
VEINTE. NOMI
VEINTIUNO. SERINA
VEINTIDÓS. NOMI
VEINTITRÉS. SERINA
VEINTICUATRO. NOMI
VEINTICINCO. SERINA
VEINTISÉIS. NOMI
VEINTISIETE. SERINA
VEINTIOCHO. NOMI
VEINTINUEVE. SERINA
TREINTA. NOMI
TREINTA Y UNO. SERINA
TREINTA Y DOS. NOMI
TREINTA Y TRES. SERINA
TREINTA Y CUATRO. NOMI
TREINTA Y CINCO. SERINA
TREINTA Y SEIS. NOMI
TREINTA Y SIETE. SERINA
TREINTA Y OCHO. NOMI
TREINTA Y NUEVE. SERINA
CUARENTA. NOMI
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a con- tenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicacio-
nes
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del
libro
y en nuestras redes sociales:

Iron flowers: Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo
Tracy Banghart



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

En un mundo de hombres en el que las mujeres no tienen ningún derecho, cada provincia del reino debe presentar a sus jóvenes más hermosas para que el príncipe heredero pueda elegir a su pareja. Así es como dos hermanas, Nomi y Serina, terminan confinadas en dos hábitats contrapuestos: la hermosa, frágil y débil en la inhóspita prisión de Mont Ruin y la chica resuelta, práctica y luchadora entre las sedas y fiestas de palacio. Dos historias de superación, supervivencia y amor entre hermanas... Porque, cuando la solución no llega, solo queda cambiar las reglas: ¡Que empiece la revolución!

Iron flowers: Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo
Tracy Banghart

T R A C Y B A N G H A R T

IRON FLOWERS

Solo el coraje de una mujer puede cambiar el mundo

Traducción de Isabel Murillo



*Para todas aquellas mujeres a las que les han
dicho que permanezcan sentadas y en
silencio... y se han levantado.*

UNO

SERINA

Serina Tessaro se encontraba en los peldaños de la fuente de la plaza mayor de Lano, flanqueada por nueve chicas de su edad, vestidas todas con sus mejores galas. A pesar de que un crepúsculo negro como el carbón amenazaba con asfixiarla, su sonrisa seguía siendo inquebrantable.

El *signor* Pietro entrecerró los ojos y evaluó a las muchachas con la mirada. Las conocía desde pequeñas y desde entonces llevaba observándolas, calibrando y criticando su potencial. Frunció los labios en un mohín, y su bigote cano se sacudió con un tic.

El casco oscuro de las montañas se cernía sobre una ciudad cubierta por el hollín, bloqueando el paso de los últimos rayos de sol. La familia de Serina permanecía en las sombras, entre la multitud. Lo único que capturaba la luz eran las mejillas ruborizadas de Nomi. Aun desde aquella distancia, Serina vislumbraba la furia que transmitían los ojos de su hermana. Renzo, el hermano de ambas, sujetaba el brazo de Nomi, como si quisiera retenerla. Era imposible leer su expresión, pero Serina sabía que no reflejaba la expectación de sus padres.

El *signor* Pietro dio la espalda a las chicas para dirigirse a la muchedumbre congregada en la *piazza*. A la espera de su veredicto, a Serina se le formó un nudo en la garganta, aunque consiguió esconder la emoción bajo una fachada de serenidad. Su madre le había enseñado lo importante que era saber lucir bien una máscara.

—Este año, el Heredero elegirá a sus primeras Gracias. Cada provincia puede enviar a una chica para disputar este honor. Como magistrado de Lanos, es mi responsabilidad elegir cuál de nuestras hijas viajará a Bellaqua. —Tal vez hizo una pausa. Tal vez prolongó el suspense. Pero el caso es que el tiempo no se ralentizó tal y como Serina esperaba que sucediera. Siguió pronunciando sus palabras con voz inalterable y metódica, y estas fueron—: He elegido a Serina Tessaro.

La multitud aplaudió. Los ojos de Mama Tessaro brillaron esperanzados. Nomi se quedó seria.

Aturdida, Serina dio un paso al frente e hizo una reverencia. Era increíble. Viajaría a Bellaqua. Saldría por fin del sucio y sofocante Lanos.

La chica se había imaginado aquello ininidad de veces. Subir por primera vez a un tren, recorrer la exuberante campiña de Viridia. Ver la ciudad del Superior, con sus canales y su inmenso *palazzo* de mármol. Conocer al Heredero. Sería guapo, a buen seguro, como un príncipe de cuento de hadas.

Y si ella era la elegida, viviría en un palacio precioso durante el resto de sus días. No tendría que trabajar en una fábrica textil como su madre, ni de criada, como su prima. Tampoco se vería obligada a acabar en un matrimonio de conveniencia con el hombre que pudiera pagar más por ella. Acudiría a bailes de ensueño y no le faltaría de nada. A su familia tampoco, e incluso Nomi, pese a toda su resis-

tencia, viviría mejor. Como doncella de Serina, su hermana también saldría de Lanos.

El *signor* Pietro estrechó la mano del padre de Serina mientras ella descendía por la escalinata. La multitud empezó a dispersarse. Las demás chicas se reunieron con sus familias sin dirigirle la palabra a ella. Cuando la chica se reencontró con los suyos, Mama Tessaro temblaba de emoción. Había sido en su día tan alta como Serina, pero los muchos años que llevaba encorvada sobre una máquina de coser en la fábrica habían acabado por torcerle la espalda.

—Mi flor, estoy muy orgullosa de ti —dijo, abrazando a Serina—. Eres un gran honor para la familia.

Nomi carraspeó. Serina le lanzó una mirada de reprobación. Si el *signor* Pietro oía a su hermana diciendo cualquier barbaridad en contra del Heredero o del Superior, la haría azotar. Ya la había amenazado durante uno de los exámenes físicos a los que se había visto obligada a someterse Serina en el transcurso del último mes, cuando Nomi había murmurado: «Esto es ridículo», al ver cómo el *signor* inspeccionaba a Serina.

—Gracias, *signor* —dijo Papa, saludándolo con una reverencia.

El magistrado, con su capa corta de color escarlata agitando bajo el leve resplandor de las farolas, dio media vuelta para regresar a su carruaje.

—Vámonos —dijo Papa—. Disponemos solo de dos días para preparar tu viaje.

Y echó a andar en dirección contraria al *signor*. Vivían a escasa distancia de la *piazza*.

Serina aspiró una bocanada del sucio aire de Lanos y siguió a su padre. Papa ni siquiera la había mirado. Intentó adivinar su estado de ánimo según la rigidez de su espalda. ¿Se sentiría orgulloso de ella, como Mama? Era imposible saberlo. Con él siempre era imposible.

Renzo le dio un codazo.

—Eres guapa —comentó—. El Heredero sería un imbécil si no te eligiera.

Serina respondió con una sonrisa de agradecimiento. Renzo comprendía lo mucho que aquello significaba para ella. Para todos.

Con su cuerpo alto y robusto, era fácil olvidar que era casi dos años menor que Serina. Nomi y él eran gemelos, pero no se parecían mucho, excepto en los ojos, de color ambarino, varios tonos más claros que los de su hermana.

Nomi los seguía, arrastrando los pies como un niño enfurruñado. Serina se detuvo un momento para esperarla.

—Es una buena noticia —le dijo en voz baja para que sus padres no pudieran oírla.

Las calles estaban vacías; después del gran anuncio todo el mundo había vuelto ya a su casa. Los destellos de las farolas proyectaban manchas amarillas en las toscas paredes de los edificios. La calle adoquinada era desigual, pero Serina avanzaba con paso firme, y su vestido de color cobre susurraba al rozar con las piedras del suelo.

—No me apetece hablar del tema —refunfuñó Nomi, a la que no le preocupaba tanto como a su hermana que pudieran oírla.

A Serina le entraron ganas de estrangularla.

—No entiendo por qué no estás contenta. No lo comprendo, de verdad. Por fin nos iremos de esta espantosa ciudad. Incluso podríamos acabar viviendo en el palacio. Trabajar de doncella resultará mucho más fácil que cuidar de toda la familia como haces ahora, y ya no tendremos que preocuparnos más por quedarnos sin comida. Mamá podrá dejar su empleo...

Nomi aceleró el paso, como si intentara huir físicamente de las palabras de Serina.

—Esta es la diferencia entre nosotras —soltó. Tenía los puños cerrados con fuerza, y un rubor rojizo le cubría la cara—. Yo no considero que esta ciudad sea fea. Y tampoco creo en cuentos de hadas. No quiero...

—Todo lo que tú quieres queda fuera de nuestro alcance —replicó Serina, cansada de la rabia de Nomi—. Jamás podrás elegir ni el tipo de trabajo que prefieras realizar ni el marido que te apetezca, ni... nada de nada. El mundo no funciona así.

No era culpa de Serina que Viridia ofreciera tan pocas oportunidades a las mujeres. Ella sabía desde hacía tiempo que luchar no cambiaba nada y por eso aprovechaba al máximo lo que tenía.

Y se le había presentado la posibilidad de convertirse en una de las mujeres más reverenciadas del país. Si acababa siendo la elegida del Heredero, podría convertirse en madre del futuro Superior.

—Nada debería quedar fuera de nuestro alcance. Mi punto de vista se resume en eso —sentenció Nomi.

Cando abrieron la quejumbrosa puerta de la pequeña residencia de la familia, estaban aún inmersas en aquella conversación. Renzo, que sujetaba la puerta, les lanzó una mirada irónica que dejaba patente que había escuchado su disputa.

—Nomi, Papa quiere que empieces a preparar la cena.

Esta entró en la sala sin replicar. Serina la siguió, recogiendo las faldas para que no se le engancharan en el umbral de la puerta. Vio que la mirada de su hermana se posaba por un momento en los libros de texto de Renzo, que habían quedado abiertos en la rústica mesa de comedor. Le dio un codazo a Nomi para advertirla. Como no se movía, Serina tosió para llamarle la atención.

Nomi miró a su hermana, pero sus ojos tardaron una décima de segundo en enfocarse. Entonces sacudió la cabe-

za, como si quisiera despejarla, y corrió hacia el fregadero.

Serina miró de reojo a sus padres y vio que estaban hablando en voz baja al lado de la barriguda estufa. No se habían percatado de lo sucedido. Había muchísimas cosas de las que no se enteraban.

Serina y Nomi eran como cualquier otra hija en la fría ciudad industrial de Lanos.

Pero la primera tenía belleza.

Y la segunda tenía un secreto.

Serina rezaba por que su belleza fuera suficiente para capturar la atención del Heredero, tanto por su bien como por el de su hermana. Pero cuando Renzo cerró la puerta, el golpe sordo resonó en los huesos de la muchacha. Se estremeció, sacudida de repente por unos miedos a los que ni siquiera podía poner nombre.

DOS

NOMI

El conductor del *rickshaw* pedaleaba como un loco, impertérrito ante los socavones que se abrían entre los adoquines y los perplejos peatones. Nomi tenía el estómago revuelto con tantos saltos y vaivenes. Aunque también cabía la posibilidad de que el malestar fuera consecuencia de aquel ambiente tan pesado y húmedo que olía a pescado podrido.

Pero no. Sabía perfectamente qué era lo que le retorció los músculos y le robaba el oxígeno de los pulmones. Cuanto más se acercaban al *palazzo*, con mayor fervor deseaba poder ir en dirección contraria. Hacía menos de quince días que el *signor* Pietro había elegido a Serina, y desde entonces el tiempo había transcurrido de un modo tan veloz y atormentado como aquella última parte del viaje.

Nomi esbozó una mueca de dolor cuando, en el momento en que el vehículo cruzó un pequeño puente y se tambaleó peligrosamente hacia el agua, Serina le presionó el brazo con fuerza y le clavó las uñas. Renzo se quedó blanco. Ocupaba la totalidad del asiento enfrente de ellas y